

CLICHE DE LOS AÑOS TREINTA



Gasas y gasas y largas tónicas. Ann Margret prepara, bajo la supervisión del diseñador Feld, su vestuario para su próxima película sobre los años treinta.



SIQUE

DESDE la perspectiva de los tiempos de las astronaves y de la energía nuclear, los «felices años treinta» se presentan como una especie de prehistoria de todos nuestros conceptos actuales. Habría que hacer la salvedad en lo político porque aquellos años fueron los de la expansión de los fascismos, expansión que culminaría con el estallido de la segunda guerra mundial. Desde este aspecto, los «felices años» no lo fueron tanto como parecen cuando se examinan otros aspectos de aquella época. El calificativo de «felices» se aplica, más que a otra cosa, a una determinada vertiente social: la correspondiente a la «dolce vita» de entonces. Se suele hablar de los precios de los restaurantes, de los cabarets con «fox-trot», de los cigarrillos «Kedive», de unas ciertas variedades escénicas con muchachas como efebos, de las señoras con boa y sombrero en forma de casco y talle escuadrado, etc. Eran los gustos y las aficiones de una burguesía internacionalizada y cosmopolita que soñaba, en pleno delirio de frivolidad, con un París de orquestas de rusos blancos, visitas de rájás de Kapturala y cocotas en forma de interrogación. (Todavía a los barrios obreros de París no se les llamaba «cinturón rojo» y las estadísticas de subalimentación y tuberculosis se guardaban como docu-

mentos secretos; el paro y la deflación económica eran temas de una cierta vulgaridad...) Los «felices años treinta», en fin, vienen a ser, para la mentalidad actual —¡el «tercer mundo», Leonov y White por el espacio!— como un viejo y amarillo cliché, quizá más desgastado y añejo que un daguerrotipo romántico. Sobre esta visión, un tanto caricaturizada, Ann Margret y el joven diseñador Don Feld han estudiado la realización de una película en la que la figura central es una vampiresa tipo Jean Harlow, de largas gasas y larga boquilla, de cuellos de pieles y languidez felina. La película lleva el título de «Cincinatti Kid». Ann Margret y Don Feld lo estudiaron todo concienzudamente, hasta el punto de que escogieron hasta los colores de los vestidos que más ayudaran a la calidad de la fotografía. La idea fue de Feld, quien decidió los que él llama «colores Rembrandt» —tierras, ocre, apagados, matices de otoño—. Piensa el diseñador que esta escala cromática ayudará a realzar la personalidad de la Margret en su papel de «vamp», en su caricatura de «mujer fatal» de los felices, los frívolos, los fáciles años treinta. (Pero ya W. G. Pabst había realizado aquel film de mineros franceses y alemanes que morían juntos.)

(Reportaje gráfico I. P. I.)

Después de tantas pruebas, de tanto escoger telas, Ann Margret se sienta a descansar en el amplio sofá del salón.



LOS AÑOS TREINTA



Arriba, Ann con bata de color melón y encaje negro.
Abajo, actriz y diseñador comprueban el efecto que
hace la piel de zorro y un tejido color canela.

